

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

INFORME ESPECIAL: CRÓNICAS Y RELATOS



CONTENIDO

<u>Editorial</u>	3
INFORME ESPECIAL: CRÓNICAS Y RELATOS	
<u>Las piedras de Villa de Leyva también escuchan</u> por Mercurio Bossio	5
<u>«A las plantas hay que entenderlas»</u> por Mónica Velásquez	10
<u>Una pregunta urgente</u> por Olga Lucía Riaño	14
<u>La naturaleza de la naturaleza es la sencillez de la abundancia</u> por Mónica Perea Esparragoza	18
<u>Ananda Taller: La bienaventuranza de mirar hacia adentro</u> por Fernando Baena Vejarano	22
<u>Pilares de Arcabuco, la solemnidad del arte</u> por Jairo Barbosa	26
POESÍA	
<u>Era de caos</u> por Juana	30

Director Fernando Cordovez
Editor Gustavo Mauricio García Arenas
Comité Editorial Ana María Echeverri, Gustavo Mauricio
García Arenas, Fernando Cordovez.
Revisión tipográfica Ángela García
Webmaster Ana Arango y Florian Müller
Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

EDITORIAL

El territorio no es solo un mapa de montañas, senderos y valles; es un organismo vivo que se respira en cada rincón del Alto Ricaurte. Cada vereda, barrio y pueblo guarda una memoria latente en sus calles y caminos, en el aroma del campo al amanecer y en el murmullo de sus quebradas. Hoy, desde la revista *Conexión Zaquencipa*, queremos hacer un llamado urgente e inspirador: es momento de mirar con atención nuestro entorno cercano y convertirnos en los cronistas de nuestra propia historia.

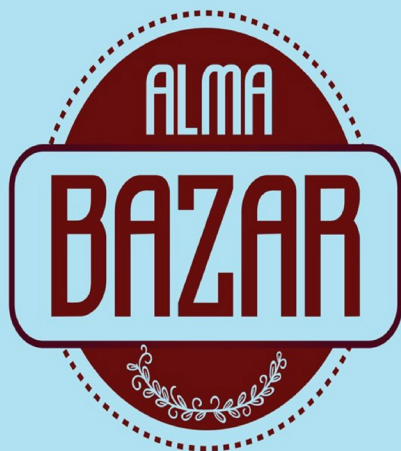
Nuestra región atraviesa un momento de profundas metamorfosis. Las actividades económicas tradicionalmente ligadas a la tierra hoy conviven con nuevas dinámicas turísticas y culturales. Las transformaciones del paisaje, la preservación ambiental y los cambios en las rutinas comunitarias avanzan a un ritmo vertiginoso. ¿Quién registrará estos giros cotidianos si no somos nosotros mismos? Documentar lo que fuimos, lo que cambia y lo que permanece es la herramienta más poderosa para comprender hacia dónde caminamos.

Escribir sobre el lugar que habitamos implica observar la cotidianidad con ojos curiosos. Significa rescatar las historias de los ancianos que moldearon nuestras creencias, visibilizar las iniciativas sociales que dinamizan los vecindarios y tejer relatos alrededor de las identidades que nos definen como comunidad ricaurtense. Desde las tradiciones ancestrales hasta las nuevas dinámicas culturales, cada testimonio aporta una hebra fundamental al gran tapiz de nuestra memoria colectiva.

Esta edición especial es una propuesta abierta a todos: historiadores locales, líderes comunitarios, jóvenes narradores y habitantes apasionados. Queremos recopilar crónicas, ensayos e historias que capturen la esencia ambiental, social y cultural de nuestros pueblos y campos.

Tomemos la palabra y la pluma. Los invitamos a redescubrir sus barrios y veredas, a plasmar sus voces y a construir, relato a relato, la memoria viva del Alto Ricaurte. La historia de nuestro territorio espera ser contada por quienes mejor la conocen: ustedes.

En *Conexión Zaquencipa* estamos escribiendo nuestra historia. 



*“Ser artesano es
dejar que el*

ALMA

*salga a la luz
transformada
en obra”.*

¡Nos mudamos!

Media cuadra adelante.

Carrera 9 # 14-101 Esquina.

¡Te esperamos!

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

Las piedras de Villa de Leyva también escuchan



Por Mercurio Bossio

Villa de Leyva conserva en sus calles, montañas y piedras una memoria construida durante generaciones. Entre esas memorias ocupa un lugar especial la música, que ha acompañado la vida del municipio a través de familias, maestros, festivales, escuelas, músicos y espacios culturales. La historia que cuento es también la historia de mi propia relación con Villa: llegué siendo niño, me alejé durante algunos años en

busca de experiencias musicales y, al regresar, descubrí que aquello que buscaba en otros lugares ya existía, de distintas maneras, en mi pueblo.

Mis primeros acordes: el rock como puerta de entrada

Mi primer acercamiento a la escena musical de Villa estuvo relacionado con el rock. En la pizzería de Beatriz

Castellanos se organizaron conciertos y en la casa de Augusto Martelo se realizaban *jams* que reunían a músicos y aficionados. Mientras estudiaba guitarra clásica y eléctrica, fui construyendo mi identidad musical influenciado por bandas como Led Zeppelin, Metallica y Black Sabbath. También compartí experiencias con músicos como Andrés Ladines y Camilo Ferrans. La lectura de *¡Que viva la música!* amplió mi imaginario y fortaleció mi vínculo emocional con los sonidos de mi generación.

**La improvisación
y las armonías del
jazz comenzaron
a convivir con el
rock, las músicas
tradicionales y la
música académica.**

**Más allá del rock: la diversidad que
siempre estuvo ahí**

Sin embargo, la música de Villa nunca se limitó al rock. Otros artistas introdujeron reggae y diferentes géneros, mientras que espacios como Casa Quintero se convirtieron en lugares de encuentro para músicos y visitantes. Paralelamente, maestros como Luisa, Juan Camilo Pardo y Manuel Castellanos, conocido como Maíz, trabajaban en la enseñanza de músicas tradicionales. Maíz llevó procesos de formación folclórica a escuelas rurales y otros espacios comunitarios, contribuyendo a mantener vivas las expresiones musicales del territorio.



©Marayah Stumbo

Esta diversidad musical tiene raíces históricas profundas. Villa de Leyva es un territorio marcado por la presencia indígena, la colonización, la tradición religiosa y la cultura campesina. Las iglesias y conventos estuvieron vinculados a la música religiosa, mientras que las comunidades campesinas preservaron sus historias mediante instrumentos como el tiple y el requinto, además de coplas, bambucos, guabinas y otras expresiones. Por eso, la identidad musical del municipio no puede reducirse a un solo género.

El regreso: aprender a escuchar lo propio

Después de viajar por distintos países de Suramérica buscando instrumentos, músicos y tradiciones, regresé a Villa con una nueva forma de escuchar. Descubrí que mi propio territorio contenía una riqueza musical que antes no había sabido reconocer. El Festival de Música Antigua y la Fundación Amigos del Silencio fueron fundamentales en ese descubrimiento. Iglesias, claustros y casas coloniales ofrecieron escenarios y acústicas especiales para interpretar repertorios de otras épocas. La música parecía devolverle vida al pasado y establecer un diálogo entre la arquitectura y los sonidos.

Los encuentros con antiguos amigos y maestros también fueron esenciales. En lugares como Los Arcos, me reencontré con músicos de mi juventud y con Gustavo Quiroga, mi antiguo profesor de guitarra, quien logró renovar mi relación con

el instrumento. Estos reencuentros muestran que la memoria musical no es lineal: una persona, una canción o un lugar pueden conectar el presente con momentos importantes del pasado.

Nuevos horizontes: jazz, luthería y tradición campesina

Posteriormente, el Festival Internacional de Jazz incorporó nuevas posibilidades sonoras. La improvisación y las armonías del jazz comenzaron a convivir con el rock, las músicas tradicionales y la música académica. Alrededor de músicos y gestores como Paola Vargas y Justo Cuervo surgió una comunidad de escucha. El jazz no sustituyó las expresiones existentes, sino que se integró a ellas y amplió el panorama musical de Villa.

**Villa de Leyva
es un territorio
marcado por la
presencia indígena,
la colonización, la
tradición religiosa y
la cultura campesina.**

La construcción y reparación de instrumentos constituye otra parte importante de esta historia. Cuando mi guitarra se dañó, acudí al taller de don Ernesto López, músico y reparador de instrumentos. Allí, mientras trabajábamos, terminamos tocando juntos «La gata golorosa», dando origen a una amistad. Su hijo Miguel continuó posteriormente la tradición familiar median-

te la luthería. La historia demuestra que quienes fabrican y reparan instrumentos también son fundamentales para la existencia de la música, aunque normalmente permanezcan alejados de los escenarios.

Santiago, Felipe y don Rey. Allí comprendí que las tradiciones no necesariamente requieren de un escenario para mantenerse vivas. Pueden transmitirse dentro de una familia, en una casa, mediante conversaciones o a través de un padre que enseña a su hijo a tocar. La tradición musical se conserva así, tanto en los grandes festivales como en los espacios cotidianos.

La música de Villa de Leyva no comenzó con un festival ni terminará cuando se cierre un escenario.

La escuela, el «surrunguiar» y los nuevos espacios

La creación de la Escuela de Música Santa María de Leyva, impulsada por Claudia Calderón, marcó otro momento decisivo. Los niños que recorrían las calles con sus violines simbolizaban una nueva generación de músicos formados en el municipio. La escuela integró música académica, tradición colombiana, maestros y orquesta, y permitió que algunos de sus estudiantes se convirtieran posteriormente en profesionales. Su importancia de-

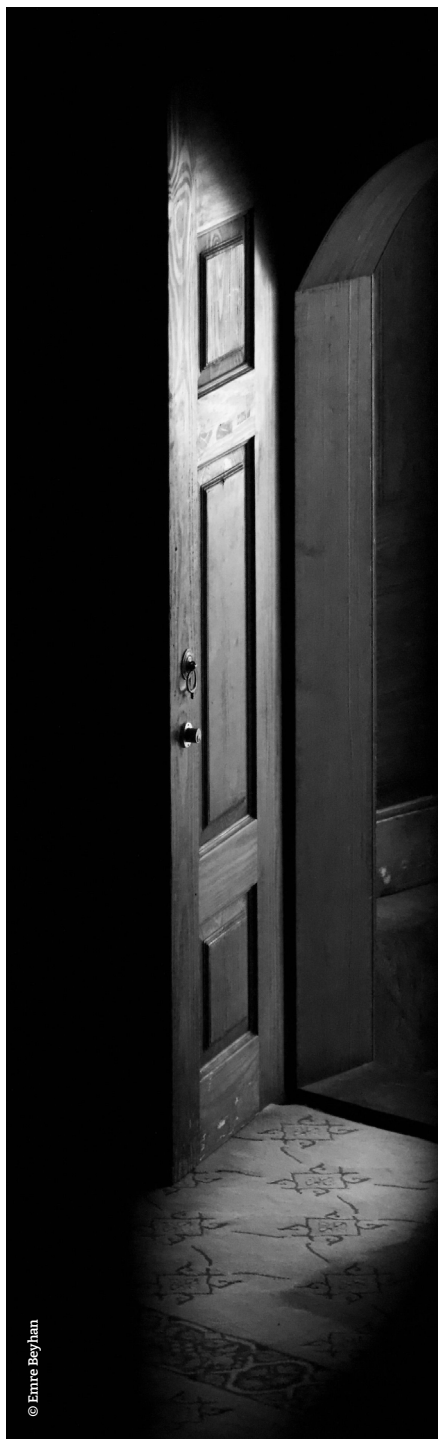
muestra que un proyecto cultural no se mide únicamente por sus conciertos, sino por las transformaciones que produce en las personas.

Jorge Bolívar me permitió acercarme aún más a la tradición campesina: los copleros, las guabinas, los instrumentos de viento y la carranga. También me enseñó el concepto de «surrunguiar», entendido como una forma espontánea y libre de hacer música, basada en explorar y dejarse llevar. Estas experiencias ampliaron mi comprensión de la música popular y de las maneras en que una comunidad construye su identidad.

Con el tiempo aparecieron nuevos proyectos y espacios culturales. Casa Wiphala permitió el encuentro de expresiones como el rap, la música andina y diversas músicas latinoamericanas. Luego surgieron iniciativas como Sinsonte, Relato, el Museo Antonio Nariño y la Orquesta de Cámara Pro Arte. Más adelante, el flamenco encontró un espacio a través de proyectos y artistas como Introestudio Flamenco y Nathaly Ramírez. Cada propuesta se incorporó a un territorio que ya poseía una larga tradición de escucha y creación.

Las piedras que escuchan

Mi conclusión es que Villa de Leyva no tiene una única música. Su identidad surge del diálogo entre géneros, generaciones y comunidades: rock, jazz, música antigua, flamenco, carranga, coplas, gaitas, bambucos, música clásica y otras



© Entre Beyhan

expresiones conviven y se transforman mutuamente. En este proceso participan tanto los músicos reconocidos como los maestros anónimos, las familias campesinas, los luthieres, los niños que aprenden un instrumento y los jóvenes que forman nuevas bandas.

Las piedras de la plaza simbolizan esa memoria colectiva. Han visto pasar generaciones y han sido testigos de conciertos, encuentros y aprendizajes. Son las mismas piedras contra las que se dañó mi guitarra y sobre las que caminaron quienes construyeron la historia musical del municipio.

**Las tradiciones
no necesitan un
escenario para
mantenerse vivas.
Se transmiten en
familia, dentro de
una casa, de padres
a hijos.**

Por eso, la música de Villa de Leyva no comenzó con un festival ni terminará cuando se cierre un escenario. Continúa cada vez que alguien toma un instrumento, enseña una canción, conserva una melodía familiar o introduce un sonido nuevo. Villa de Leyva es, finalmente, un territorio donde las músicas se encuentran, se transforman y regresan. Y mientras alguien siga haciendo música, sus piedras continuarán escuchando. Y la Villa vuelve a cantar. 🌀

«A las plantas hay que entenderlas»



Félix Castellanos

Por Mónica Velásquez

«Cuando llegamos a Villa de Leyva, sentía un poco de nostalgia de ver la aridez tan terrible. Desde donde hoy está la estación de bomberos hacia arriba, todo era como un cascajal. Después, un señor lo compró, le puso tierra negra; compraba los árboles más grandes del Festival del Árbol y comenzó a sembrarlos. De ahí empezó mi idea de que Villa de Leyva debía ser reforestada, sí o sí. Y mire: esta idea se me está cumpliendo».

Son las palabras de Félix Castellanos, quien hace 18 años abrió, junto con su esposa, las puertas del vivero El Roble. De allí han salido muchos de los árboles que hoy crecen en Villa de Leyva y sus alrededores, como parte de un proceso de reforestación a múltiples manos.

Félix nació en la vereda Quebraditas, entre Saboya y Chiquinquirá. Siendo muy pequeño junto a su madre y sus hermanos, se trasladó

a Sutamarchán. El estudio no logró conquistarlo y, después de dos intentos en colegios de la región, decidió dedicarse al trabajo con la tierra.

Comenzó con la agricultura. Se aventuró en cultivos de papa y maíz y tiempo después surgió la oportunidad de trabajar en una finca en Villa de Leyva: «Fui uno de los primeros foráneos, como nos dicen a nosotros aquí en Villa».

«En los más de cuarenta años que llevo en esta zona, he visto unos cuatro incendios, y dan ganas de llorar».

Cuidando tierras, cultivando, sembrando, aprendiendo de las plantas, pasaron 27 años, hasta que él con su esposa decidieron emprender el camino del vivero. «Me siento más como un veterano que como un profesional en esto. No estudié ni botánica, ni jardinería, ni agronomía. He investigado y aprendido con la práctica. He tenido charlas muy importantes con ingenieros agrónomos, con biólogos, con científicos».

Félix es, ante todo, un autodidacta que ha aprendido a observar las plantas, a interpretar sus señales y a comprender las condiciones que cada una necesita. Las comercializa, las reproduce y las germina. «Llevo 18 años y hay maticas que

hasta ahora estoy como investigando. Eso es ensayo y error, y muchos logros. Por ejemplo, con el yarumo, para reproducirlo, siembro unos dos millones de semillitas, y me salen 200 matas. De esas 200, al trasplantarlas de 20 centímetros, en un día de muy poco sol y una preparación muy especial de tierra, logro sacar 10 arbolitos. Es muy delicado, ni mucho frío ni mucho calor y mucha humedad».

Frente a las preferencias de quienes visitan el vivero, Félix cuenta que los nativos son los más solicitados: los que más demandan son robles, jaques, jucos, cucharos, tunos, esmeraldos, laureles y cauchos del Tequendama.

A Félix le gustan todas las plantas: «Tengo más o menos unas 300 variedades de plantas. Cada una tiene una historia distinta, cada una es una niña bonita para mí; por ejemplo, la mata de alcanfor, divina; la de canela, me encanta». Su árbol favorito es un enorme eucalipto que, junto con dos yarumos, recibe a los visitantes a la entrada del vivero. Su presencia ha despertado la curiosidad de algunos conocedores.

Un día, un botánico de Australia, de donde son nativos los eucaliptos, le dijo a Félix que su ejemplar era de una variedad rara, y que él creía que se llamaba *Titri*. Tiempo después, otras personas le dijeron que era un eucapino. Existen más de 700 variedades de estos gigantes exóticos; el de Félix fue comprado hace más de 20 años en la plaza de Paloquemao en Bogotá.



Félix Castellanos

«A las plantas hay que entenderlas. Ellas como que quisieran hablarle a uno y uno tiene que aprender a entender ese lenguaje», asegura. Por eso, cuando alguien quiere comprar una planta, Félix le pregunta dónde será sembrada, qué tipo de suelo encontrará, si el lugar es húmedo o seco, a qué altura está. Cada planta tiene sus propias necesidades y conocerlas es el primer paso para que pueda prosperar.

Del vivero El Roble salen en promedio unos 5.000 árboles al año para

ser sembrados en la región. Para Félix, el verdadero valor de su trabajo no se mide por la cantidad de árboles, sino en la posibilidad de servirle a la gente y contribuir a la reforestación de la zona. «He visto toda la transformación, y créame que a esta edad no ha sido en vano el esfuerzo de mucha gente, sobre todo foránea, en reforestar».

Una de las iniciativas que durante años ha sostenido ese propósito de reforestar es el Festival del Árbol, fundado y creado hace más de tres décadas por el recordado Juan Mario Rodríguez, con el apoyo de numerosas personas. Entre ellas Félix Castellanos, quien participó hasta hace tres años y se destacó de manera constante en sus distintas ediciones.

**Cuidando tierras,
cultivando,
sembrando,
aprendiendo de las
plantas, pasaron 27
años, hasta que él con
su esposa decidieron
emprender el camino
del vivero.**

Iguaque, nuestra esperanza de vida

Hablar de árboles en Villa de Leyva conduce inevitablemente al agua y a la protección de Iguaque. En este punto, la voz de Félix adquiere un tono aún más firme: «Iguaque es

nuestra esperanza de vida (...). Es indispensable evitar los incendios en el cerro, sembrar muchos árboles y no malgastar el agua. En los más de cuarenta años que llevo en esta zona, he visto unos cuatro incendios, y dan ganas de llorar».

Expresa su gratitud hacia las personas llegadas de otros lugares que han hecho de Villa de Leyva su hogar y que, con sus iniciativas de arborización, han contribuido a transformar el paisaje. Para él, han sido «como un motorcito para sembrar y seguir reforestando».

Mira con esperanza a las nuevas generaciones. «Para mí es una alegría tremenda cuando llega un niño y dice: “¡Ay, esta plantita tan divina! Esa me gusta, y esta otra también”». Sueña con que el vivero sea también un espacio de aprendizaje para los niños: un lugar para realizar actividades lúdicas, conocer las plantas y descubrir el valor de cuidarlas. Antes de terminar la conversación, Félix regresa a una imagen de hace treinta años. «Cuando veníamos a pie por donde quedaba el hipódromo, mirábamos hacia el Alto del Espino y decíamos: “Ahí viene la Valle y detrás viene un carrito rojo”. Se alcanzaba a ver todo porque no había árboles. Ahora uno mira y eso está lleno de verde».

Ese paisaje transformado es también la historia de quienes han sembrado y cuidado cada árbol. La historia de muchas manos, esfuerzos y convicciones. «Entonces uno se siente realizado y se dice: valió la pena todo este esfuerzo». ☺



Imagen de Hans en Pixaby

Una pregunta urgente



El páramo de Merchán en 2008 y en 2026. Un marcado cambio en lo que atañe a frontera y prácticas agrícolas que transforman paisaje y ecosistema.

Por Olga Lucía Riaño

Allí donde la agricultura sostiene la vida, el turismo promete desarrollo y el patrimonio aguarda, aparece una pregunta urgente: ¿cómo vivir del territorio sin consumirlo? Explorar algunas aristas permite imaginar un desarrollo que acompañe el cambio, sin congelar el tiempo, y que evite el desarraigo y la devastación.

El páramo de Merchán

Dos décadas atrás, el páramo de Merchán era un horizonte verde. En sus laderas, la arquitectura de tierra se confundía con el entorno y se producían, entre otras, exóticas curubas a cielo abierto, hoy difíciles de encontrar a pesar de su potencial comercial. La montaña sostenía leyendas que daban identidad y las lomas terracota del sector custodiaban en silencio la memoria indígena, geológica y paleontológica. El páramo es parte del Complejo

Iguaque-Merchán, cadena que alberga los cerros tutelares del Alto Ricaurte. Se extiende entre los 3.150 y 3.820 m.s.n.m. y abarca cerca de 16.212 hectáreas. Su zona central, declarada Reserva Forestal Protectora desde 1999, resguarda 2.346 hectáreas de ecosistemas de bosque altoandino, subpáramo y páramo, y, sin duda, es esencial para la regulación hídrica de las cuencas del Alto Ricaurte.

Frontera agrícola, frontera ética

El trabajo campesino, base de la alimentación humana, enfrenta un dilema profundo: ¿cómo producir y obtener el sustento diario sin traicionar a la tierra? Para lo rural, la tierra, páramo o no, es memoria y sustento; para el mercado, es un mero recurso, y para la vida, un invaluable sistema productor de agua, moderador del clima y hogar de especies únicas.

La expansión de invernaderos, carreteras y monocultivos ha fragmentado el páramo —eso es innegable— y afecta servicios esenciales, como la regulación del agua y la fertilidad del suelo. Los invernaderos se multiplican como manchas blancas y representan un gran reto: escoger entre la estabilidad económica y el rompimiento del equilibrio ecológico y la transformación del paisaje ancestral.

El campesinado enfrenta una tensión que la sociedad impone: producir para sobrevivir o respetar ciclos naturales. Se cuestiona por qué parcelas que llevan centurias en manos de las mismas familias están ahora sujetas a tanta restricción. Se piensa que el plástico protege de plagas y del clima, sin medir las consecuencias futuras de una opción promovida por quienes venden insumos sin cuidar el porvenir.

**Las fiestas
tradicionales no
deben diluirse entre
eventos turísticos y
las construcciones
no deben imitar
estilos ajenos.**

Ante ello, se necesita una estructura que proteja el equilibrio entre economía y ecología: una ética rural del cuidado que implique producción sostenible, educación ambiental y políticas que reconozcan el paisaje como patrimonio. La presión por producir más, la competencia desigual y la falta de acompaña-

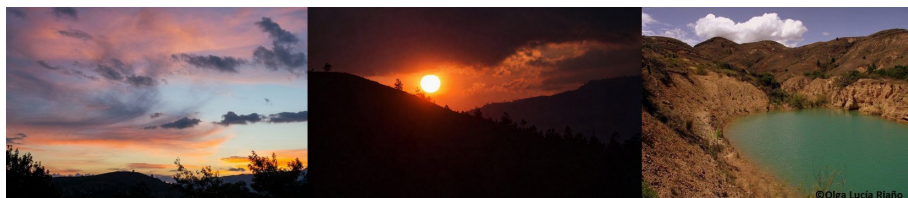
miento institucional hacen que ese cuidado recaiga en el campesinado, pero el dilema ético no se resuelve culpando al aldeano. Tanto Estado como sociedad civil, sector empresarial y consumidores, trabajadores del campo y ambientalistas deben, en colectivo, acordar un modelo de desarrollo que permita al campesino vivir dignamente sin destruir la base ecológica.

**Turismo: entre responsabilidad
y extractivismo**

De repente, en las bucólicas tierras cuyo paisaje semejava una verde colcha de retazos, el patrimonio se convirtió en espectáculo y la belleza se usó para vender sin devolver nada al territorio. La pérdida de vegetación, la expansión del cemento y la llegada de modas importadas transformaron las prácticas tradicionales, desplazaron habitantes y encarecieron la vida. El páramo, símbolo de resistencia y fragilidad, y su señorial entorno quedaron reducidos a una imagen de consumo. Las atracciones «instagrameables» imponen paisajes, objetos o experiencias. No nacen de la espontaneidad, sino de un mercadeo sin control, donde marcas, influenciadores y algoritmos producen una estética homogénea que se replica como si fuera natural. Así aparecen manos de gigantes y extravagantes casas al revés que no vienen de arraigo, sino del consumo y la banalidad.

La ética rural implica incentivar el turismo responsable y no lo contrario. Pero no hay que echarle la car-

ga entera al visitante. En primer lugar, están los agentes turísticos, que no deben ser simples operadores sino intérpretes del territorio y cuidadores del paisaje. Su papel consiste en mediar entre mundos y construir memoria compartida. Su trabajo no es solo llevar visitantes, sino cuidar el lugar para que conserve su dignidad. Deben entender que, si bien el turismo es un aliado al generar sustento, la sostenibilidad de la tarea dependerá de la conservación y no de la destrucción.



La Loma de los Difuntos y el natural pozo azul de Carrizal en Sutamarchán, paisajes modificados. La loma convertida en pista de cuatrimotos y el pozo comienza a ser explotado y sujeto a manejo turístico.

El turismo responsable no sustituye ni desplaza saberes nativos. Las familias locales deben decidir cómo, cuándo y en qué condiciones se recibe al visitante. Las modas importadas no deben reemplazar lo local; las fiestas tradicionales no deben diluirse entre eventos turísticos y las construcciones no deben imitar estilos ajenos. Ante la gentrificación rural, donde lo propio se vuelve exótico y lo ajeno se impone como norma, el paisaje se uniforma y, con él, las voces que lo habitaban.

El visitante debe asumir el ritmo del lugar, sin acelerar, exigir o presionar. Respetará agua, suelos, páramos, cultivos y costumbres. El turismo responsable lo será en la medida en que respete la memoria y las prácticas del territorio, sin convertir la ruralidad en mercancía ni en «experiencia para postear».

El *lagerstätte*: memoria geológica en que no se mira

El páramo de Merchán integra el *lagerstätte* (yacimiento de conservación excepcional) de Boyacá que resguarda suelos antiguos, fósiles y formaciones únicas. Es un archivo vivo de la historia profunda de la humanidad y de la evolución, pero permanece incomprendido porque no se enseña, no se integra en los planes de desarrollo ni se convierte en oportunidad cultural.

Es *lagerstätte* porque hace parte de lo que se conoce como Formación Paja, unidad geológica del Cretácico inferior (130-113 millones de años) compuesta por lutitas, arcillolitas y nódulos de caliza y arenisca, depositados en el mar cálido que cubría el centro de Colombia. Es crucial porque contiene fósiles extraordinariamente preservados de ictiosaurios, plesiosaurios, tortugas, peces y amonitas, lo que permite reconstruir con detalle los eco-



La Formación Paja es la responsable de la topografía blanda, de colinas redondeadas y cárcavas erosionadas (paisaje desértico/semiárido) características de las depresiones entre Villa de Leyva, Sáchica y Sutamarchán. En este lugar hoy funciona una pista de cuatrimotos.

sistemas marinos mesozoicos de la región.

En las capas de esa formación se conservan organismos completos que permiten reconstruir ecosistemas desaparecidos y comprender la evolución de la Tierra. La geología podría fortalecer el turismo responsable, pero el turismo improvisado la amenaza: cuatrimotos en vez de rutas interpretativas y estructuras estridentes en lugar de espacios que permitan leer un paisaje que se disuelve, aunque aún puede defenderse.

La ética rural exige reconocer que la vida en el territorio solo perdura

cuando existe reciprocidad con la tierra. No se trata de oponerse al progreso, sino de asumir que toda decisión —agrícola, turística o patrimonial— debe partir del cuidado: producir sin agotar, recibir sin desplazar, transformar sin borrar. Esa ética, sencilla y profunda, es la que permite que el páramo, sus memorias y sus comunidades sigan siendo hogar, sustento y futuro. ☿

**Una ética rural
del cuidado
entre economía
y ecología.**

La naturaleza de la naturaleza es la sencillez de la abundancia

Por Mónica Perea Esparragoza

Quitarse la ciudad, como si fuera un vestido impuesto, puede pensar uno que es fácil y que solo requiere mudarse al campo. Sin embargo, la ciudad sigue viviendo en muchas de mis formas de mirar y actuar, pese a haber creído que ya la había superado.

Nos atrajo la magia del lugar, el mito de ser la cuna de la humanidad, el poder de estas montañas.

Un jardín diseñado por la mano humana puede controlar la exuberancia de la naturaleza y llevarnos a ver en él un parámetro de belleza que podemos disfrutar. La selva, en cambio, alude a lo indomable: a esa fuerza de vida que se resiste a que le enderecen el vestido para parecer un jardín francés. Es un recordatorio de que lo marchito y lo florido son dos caras de la misma moneda. Anidan siempre, tanto en la naturaleza humana como en la vegetal.



Aquí, el territorio me ha enseñado que hay que saber escucharlo.

¿Lo estamos haciendo?

Quizás una de las formas de dejar de escuchar un territorio consiste en llegar creyendo que es él quien debe adaptarse a nosotros, y no nosotros a él. Tal vez por eso una de las



© Mónica Perea

palabras que hoy intenta explicar lo que está ocurriendo en Villa de Leyva es gentrificación. Generalmente la asociamos con el aumento en el precio de la tierra o con el desplazamiento de quienes siempre han vivido en un lugar. Pero sospecho que comienza mucho antes: empieza en la manera como aprendemos a mirar un territorio.

Mi familia y yo hemos venido a este pueblo desde hace unos doce años, primero como turistas y hace ocho como residentes. Nos atrajo principalmente la magia del lugar, el mito de ser la cuna de la humanidad, el poder de estas montañas, el verde y esa atemporalidad propia de los pueblos.

Durante este tiempo sentimos que sería un privilegio vivir acá, pero no se percibía como un lugar «exclusi-

vo», reservado solo para personas con dinero. Es más, cuando abrimos nuestro espacio cultural, Ananda Tienda Taller, dentro de una casona comercial, lo pintoresco del lugar hacía más atractivo tanto nuestro proyecto, como el de quienes compartían ese mismo espacio.

Creíamos que estábamos dejando atrás la ciudad y sus estándares de modernidad. Los muebles rústicos, las cosas sin el afán de verse «perfectas», sino con esa belleza de lo simple frente a lo excesivamente fabricado, destilaban una frescura que invitaba a pensar en lo importante antes que en lo urgente.

**Lo más inquietante
que advierto es ver
cada vez menos a
los oriundos como
dueños de sus
propios negocios y
cómo se va diluyendo
la belleza de
lo simple.**

Cuando llegamos acá volvimos a las mañanas en las que la gente saludaba, se miraba a la cara, y aquello no era algo bochornoso o pueblerino, sino precisamente el rasgo que nos enamoró. Sonreír al encontrarnos. Esa sencillez era la que perseguimos. La sensación maravillosa de poder construir una comunidad armoniosa. Pertenecer a un pueblo pequeño, con algunas comodidades, pero sin el conflicto de identidad ni el afán de aparentar ser una ciudad.

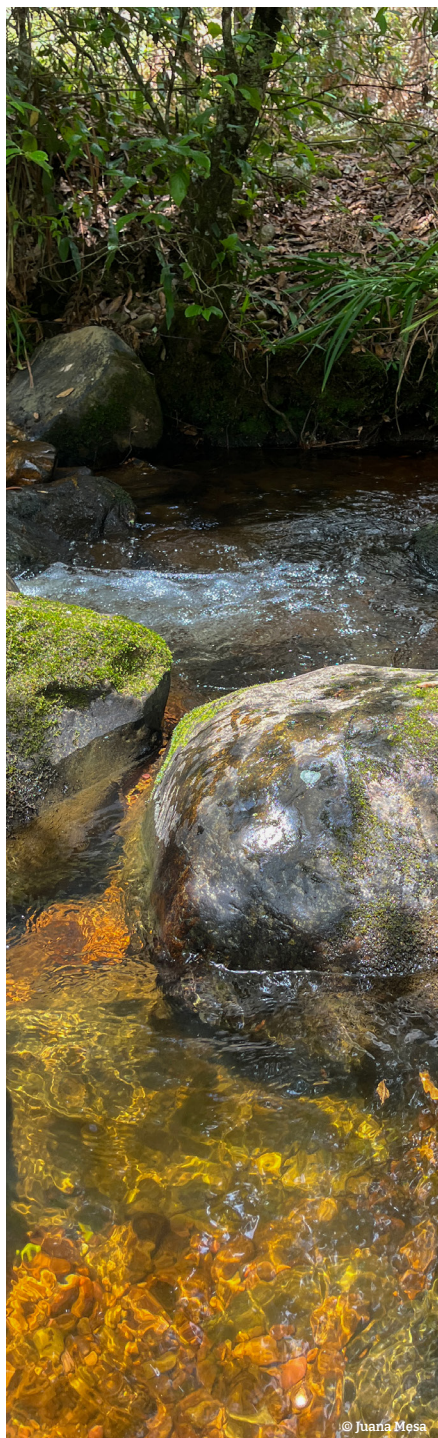
En los últimos años hemos visto no solo un cambio en las personas que nos vinculamos a este territorio — con el deseo de respetarlo y de dejar que nos enseñara a vivir en él—, sino también una nueva ola: Villa de Leyva se puso de moda.

Ni siquiera imagino lo que experimentarán quienes llevan varias décadas viendo a este encantador pueblo estirarse y crecer. No siempre para favorecer al lugar, sino muchas veces por el capricho de quienes, sin advertirlo, le exigimos que reproduzca lo único que conocemos: comportarse como una ciudad.

Esa belleza de lo simple destilaban una frescura que invitaba a pensar en lo importante antes que en lo urgente.

Lo más inquietante que advierto no es únicamente el aumento de los precios o la transformación del comercio. Es ver cada vez menos a los oriundos como dueños de sus propios negocios y cómo se va diluyendo la belleza de lo simple. También noto que se han ido formando mundos que apenas se rozan: los vinculados de distintas épocas ya no nos reconocemos, dejamos de saludarnos, al mejor estilo de la ciudad que creíamos haber abandonado.

Muchos habitantes de siempre ya no consumen en estos locales



© Juana Mesa

modernos y glamurosos porque ni siquiera se sienten bienvenidos. Tampoco participan de ciertos encuentros porque los perciben ajenos. Sin proponérselo, hemos empezado a construir pequeños mundos paralelos dentro de un mismo pueblo.

Es decir, nos mudamos de espacio geográfico, pero los síntomas egóicos de la ciudad siguen desbordándose por los bordes de nuestra manera de habitar.

En el campo en el que nos movemos, el arte, también he visto esa transformación. Cuando llegamos no encontramos galerías ni espacios culturales consolidados; incluso era difícil encontrar a los artistas porque, como supimos después, una administración municipal les había quitado el lugar que durante años ocuparon. Por eso Ananda Tienda Taller resultaba un espacio extraño, incluso para muchos turistas que no sabían cómo clasificarlo.

Hoy vemos crecer la oferta de galerías, talleres y espacios culturales. En principio, esto podría ser motivo de alegría. Sin embargo, también percibo cómo esa expansión ha empezado a reproducir la misma lógica de competencia de la que muchos creíamos escapar. Poco a poco la pregunta deja de ser qué necesita este territorio y empieza a ser cómo sobrevivir, cómo destacar o cómo atraer más público. Incluso el arte corre el riesgo de dejar de ser un espacio de encuentro para convertirse en otro mercado más.

Esta reflexión no pretende señalar culpables. Yo misma hago parte de quienes llegamos de la ciudad buscando otra manera de vivir. Más bien quisiera invitar a preguntarnos cuánto de esa tendencia a competir, a depredar o a imponer nuestra forma de entender el progreso sigue viviendo en nosotros.

**Muchos habitantes
ya no consumen en
locales modernos.
Sin proponérselo,
hemos empezado a
construir pequeños
mundos paralelos
dentro de un
mismo pueblo.**

¿De verdad nos quitamos la piel de la ciudad o simplemente cambiamos de paisaje?

Repensemos cómo estamos viviendo y compartiendo entre todos, no solo en esta bella Villa, sino en el planeta entero. Que la posibilidad de habitar una comunidad sencilla, amistosa y cercana no termine perdiéndose por querer convertir este lugar en aquello mismo de donde muchos escapamos.

Ojalá nos dejemos tocar por este territorio. Que haga con nosotros lo que todavía hace con el bosque: recordarnos que la naturaleza no se para lo sano de lo marchito, porque está ocupada, sencillamente, en reverdecer. 

Ananda Taller: La bienaventuranza de mirar hacia adentro



Por Fernando Baena Vejarano

No descubrí el aleph a oscuras en unas escaleras de mi cuñado, como en el cuento de Jorge Luis Borges. Pero el 18 de julio del año 2026, a las dos de la tarde, vi el universo al asomarme por una rendija, y en cada cosa que vi allí, vi miles de universos. Solo tuve que bajar unos diez metros desde la esquina del teatro municipal de Villa de Leyva, mirar a mi derecha, dejarme atrapar de un salón lleno de luz y sentir que mis piernas no podían evitarlo: había que aproximarse a la sonrisa de Mónica Perea. Rodeada de obras de

arte, obras llenas de historias e historias encarnadas en obras plásticas que besaban las paredes de esa galería de dos niveles, que remiten a otros espacios de trabajo anexos: Ananda Taller. Escuché que una voz me llamaba, muy tenue, muy secreta, y Mónica supo lo que me estaba ocurriendo. De una repisa tomó una cajita de madera, me mostró que tenía un ojo fisgón, y me invitó a una blasfemia: mirar hacia adentro. Cerré un ojo, usé el otro y ahí estaba. No puedo decirles lo que vi, porque eso es el misterio: lo que el arte

mismo no puede nombrar y, sin embargo, indica. Flotaba en un espacio de ingenio, mitad ingeniería de la luz, mil por ciento un lugar que ni era imaginario ni real, pero que me llevó a mi infancia. Cada vez que giraba mi cuerpo, el tiempo transcurría, medido por el movimiento de la sombra de las cortinas de la habitación en la que me había teletransportado. Recordé las miniaturas de plastilina que yo hacía con mi imaginación de niño, encerradas en una cajita igualmente diminuta y secreta que me permitía preservar el contacto con mi verdadero origen, con mis ancestros pleyadianos.

**Nos sumergimos
en una historia
que estaba
encarnada en este
nuevo espacio
para verdaderos
buscadores de los
frutos del arte.**

—¿Qué es esto? —dije en voz baja, como quien acaba de despertarse.

—Arte —me dijo Mónica—. La esencia del arte.

—¿*Aletheia*? —le pregunté para corroborar que mis búsquedas interiores aleteaban con la palabra griega, que ha sido mi camino interior desde que soy adolescente.

—Eso mismo.

Subí al segundo nivel de la galería. Un sofá diminuto pero comodísimo

me recibió, de espaldas a la ventana. Día soleado. Desde allí vi el tercer nivel, que es de la dueña de la casa, que no forma parte de la galería, pero la bendice con luces y colores de catedral gótica. Se nos pasaron dos horas en tres minutos, charlando. También se inhalaba el perfume de Catalina Rincón Perea, su hija.

Como tengo oído entrenado de psicoterapeuta y Mónica nada en la palabra como pez en el agua, nos sumergimos a raudales en una historia de vida que estaba encarnada en este nuevo espacio para verdaderos buscadores de los frutos del arte. Nuevo es un decir: antiguo, pero con nueva sede. El espacio no es el lugar, sino lo que nos regala el recorrido de Mónica por su propia vida, y por la vida de Simón Susacón —el nombre artístico de Rafael Rincón—, su esposo, el artífice del contenedor de *aletheia*, el misterio que acababa de revelárseme en la cajita. *Aletheia* no es un sustantivo. Significa una acción infinita y constante: verdadar. Es un infinitivo: el asintótico proceso de maravillarse por todo, con todo y de todo.

—En realidad siempre has traído tu hogar adonde has ido, como el pueblo zingaro —comenté yo, malvado, para azuzarle sus recuerdos.

Y cayó en la trampa. Se puso a hilar recuerdos. Soy un chismoso profesional de intimidades sobre las cuales guardo absoluta reserva, pero he aquí las infidencias para las cuales recibí aprobación de divulgación pública:

Ocho años de trashumancia. Per-

sistencia insobornable por hacer del arte lo que aprendió cuando estudió Teatro, Actuación y Dirección de Teatro en la ESAB; antes de volverse profesional y magister en Estudios Literarios en la Universidad Nacional. Trabajar por quince años en la Universidad del Rosario. Y huir de todo para venir a Villa de Leyva a hacer del arte algo mucho mejor que un producto.

El arte no es un objeto para la venta.

**Consiste en aprender
a relacionarte
contigo mismo,
mediante la excusa de
percepción de lo bello,
lo inconsciente, los
elementos expresivos.**

Que se venda es otra cosa, pero su alma no es esa: es la flecha que nos lleva a encontrar sentido de vida lo que cuenta. Y eso se logra con palabra, escultura, pintura, actuación, expresión corporal, y hasta con saber contener la vida y las búsquedas que cada persona que entra a Ananda Taller trae, ya sea un artista profesional que quiere exponer su obra allí, ya sea un neorrural que está reinventándose como artista en el mejor pueblo de Colombia para lograrlo, ya sea un turista despistado que pasa por enfrente y siente que tanta amabilidad al recibirlo no tiene ninguna intención principal de sacarle una transferencia bancaria, sino una auténtica intención de enseñarle que el arte es encuentro consigo mismo, remanso de paz, sanación del conflicto interior y —



en últimas— trascendencia. Ananda significa «bienaventuranza». En inglés me gusta cómo brilla su semántica: se dice *bliss*. Yo amo esa palabra, porque es de lo que trata la técnica de meditación que llevo enseñando cuarenta años: de ir hacia la fuente, la conciencia pura, el testigo compasivo y amoroso que somos, libre de todo sufrimiento, plebético, la alegría trascendente que ha sido nuestra propia naturaleza desde siempre, la que nos espera tras la muerte.

Autoconocimiento, introspección y autosanación. Pero no solamente en la galería de dos niveles. También en su casa unos metros más abajo, en la que dispuso el espacio de la escuela de mentorías. La vivienda de esta familia «gitana» apoya procesos de formación en artes plásticas, literatura y procesos de comunicación. No solo se trata —con el arte— de ser artista. Principalmente consiste en aprender a relacionarte contigo mismo, mediante la excusa de percepción de lo bello, lo inconsciente, los elementos expresivos y, sobre todo, de acompañar a otros a lograr su propio vuelo por los propios laberintos. Esta forma de entender la plástica se despliega en las piezas tridimensionales de Simón, la producción de su hija Catalina (maestra en Artes Plásticas) y las creaciones de diversos artistas plásticos invitados. La visión pedagógica, financiarse sus estudios desde muy joven, no atender la solicitud paterna de hacerse abogada, los giros de la vida marcados por la maternidad. La lectura, la escritura y la expresión como

vías de transformación personal. El texto y la imagen: espejos en los que la psique se reconoce. Paciencia. Como la que tiene Simón, quien se toma años esperando a que la página del tiempo se haga verdad, por ejemplo, en un binomio de autorretratos emparentados que consagró sin afán (¿por qué no, si Duchamp se tomó 20 años para producir «Etant Donnes?» conocida también como «la cascada»?). Es el espectador quien completa la obra (*c'est el regardeur qui fait le tableau*) —decía Duchamp, lavándose las manos.

Pero es verdad: la obra de arte no es el objeto inerte ni el simple significativo; es la chispa dinámica que emerge cuando el observador proyecta su propia subjetividad sobre la creación del artista. La obra nace en la relación misma.

**El arte no es un
objeto para la
venta. Que se
venda es otra
cosa, pero su
alma no es esa.**

La sabiduría comienza por sentir incertidumbres profundas sobre nuestra propia cordura. Le pasa al artista y al buscador espiritual. Y eso genera una dolorosa sensación de aislamiento. No sentirse común genera miedo, un miedo que se quita cuando el arte nos muestra que la locura reconocida y expresada es salud del alma. Basta con dar diez pasos abajo del teatro municipal para dar el primer paso. 🌀

Pilares de Arcabuco, la solemnidad del arte



Por Jairo Barbosa

Permanecerán durante mucho tiempo en la atmósfera de la sala del teatro municipal de Arcabuco los rumores que, en forma natural, sin constructos retóricos, sin posturas snob, generó la expectativa entre el público presente, ante los caballetes con las obras cubiertas por una tela negra, perfectamente acorde con la solemnidad que revistió el lanzamiento de la exposición «Pilares de Arcabuco»: una semblanza en acrílico sobre lienzo, de 12 mujeres que encarnan aspectos esenciales de la historia, la cultura y los oficios en una comunidad que se reconoce a través de elementos particulares y heredades compartidas.

Obras materializadas por Eliana Gamboa, artista y habitante de la vereda Monte Suárez, quien durante más de año y medio se dedicó a trabajar profusamente en cada uno de los cuadros para plasmar fielmente detalles y expresiones que hacen poderosamente significativo el resultado.

La exposición congregó a una parte importante de la comunidad, visitantes, vecinos, autoridades y, por supuesto, a los familiares de las «modelos», mujeres en toda su dimensión. Pilares de familias con un arraigo local profundo, sostén y sustento y, tal vez, el postrero

vestigio de tradiciones que se han ido transformando de manera inevitable y que constituyen un referente para el pueblo, todas reconocidas y respetadas por su desempeño y tenacidad a lo largo de sus vidas, vinculadas de muchas maneras a la comunidad arcabucueña. Todo transcurrió entre mujeres, el aire que se respiraba estaba impregnado por ese particular hálito de lo femenino: los detalles, la frescura, el encanto y la certeza de que una parte importante de la vida está en sus manos, en sus maneras de dar, de aparecer en el momento indicado, en el cuidado que le ponen a su entorno, cada una comprometida con lo que la vida le puso por delante, haciendo uso de toda la imaginación que sea necesaria para vencer las adversidades y mantener la armonía entre sus seres cercanos, sus quehaceres y el entorno.

**La acción de develar
cada cuadro fue
realmente emotiva,
nos permitió
ver y sentir la
historia pintada,
la cotidianidad y la
fraternidad.**

Hannis Castañeda, comunicadora social, hermosamente ataviada para la ocasión, fue la encargada del acto protocolario y la maestra de ceremonias, quien de forma impecable manejó los tiempos y la puesta en escena.

Diana Hortúa, maestra en artes plásticas, trajo para todas y todos el sentido del arte en el contexto campesino/pueblerino, fijando rutas que nos permiten reconocer ese legado cultural que permea la cotidianidad, a partir de los símbolos y de una relación estrecha

con leyendas y mitos que designan este territorio como sagrado.

Valga decir que el recinto, las paredes del teatro, ostentan un hermoso mural del maestro **Diego Barajas**, de Chinácota, Santander, donde se explora la carga mitológica representada por deidades de la cultura muisca, sus animales protectores y los elementales: el fuego, el tabaco, el agua, ingredientes que se utilizan en rituales de profundos valores ancestrales y cósmicos que, a la postre, acompañaron y cobijaron el momento, potenciando con sobria amabilidad la sacralidad del evento.

De tal manera que esa fastuosidad contenida en el recinto, los actos, el público presente, ataviado con esmero y respeto para la ocasión, generaron un ámbito envolvente que le dio a ese momento una dimensión ceremoniosa y espiritual, y se percibió ese tono de solemnidad que funde la obra y la realidad en el mismo acto.





Fue una ceremonia de reconocimiento de esas mujeres que, sin ninguna pretensión, ocuparon el lugar que les corresponde con absoluta certeza de la trascendencia del instante eternizado en las pinturas de **Eliana Gamboa**, quien con cada una de las mujeres tejó una comunicación esencial, amorosa, entrañable. En su reflexión sobre esa experiencia pictórica se refirió a ellas como «las raíces que trabajan en lo oscuro, en tierras difíciles para permitir que el árbol crezca y se sostenga el tronco del árbol, y sus ramas más débiles somos el resto; un árbol sin raíz se cae».

La acción de develar cada cuadro fue realmente emotiva, nos permitió ver y sentir la historia pintada, la cotidianidad reflejada y la fraternidad construida con cada una de esas mujeres.

Hubo asombro y lágrimas, quizá porque una cosa es la idea de una obra que se va a hacer y otra cosa es verse en ella, pero, sobre todo, verla expuesta en un

recinto especial, sentirse parte de ella o, en su defecto, leerla con los dedos, como en el caso de la señora Teresa Villamil, invidente y a quien le hicieron con alta tecnología un modelo en relieve de la pintura que la representa para que pudiera apreciarla.

**La exposición
congregó a una
parte importante
de la comunidad,
visitantes, vecinos,
autoridades y, por
supuesto, a los
familiares de las
«modelos».**

Reconocer que eso que se es, en su total conexión con la existencia, un entorno humano y una cotidianidad delimitada por una historia personal, que puede trascender y ser significativo para toda

una comunidad, es algo que resulta siendo una experiencia tan indescriptible como intraducible, máxime si se ha tenido muy poca relación o nada con una vivencia de esta naturaleza; en ese sentido, el arte en su materialización de lo significativo, constituye un momento culmen, memorable, en la vida de una persona.

Tal vez la palabra que recoge con mayor precisión y logra definir con hondura esa vivencia sea «conmovedor», en tanto que las obras dejan la inequívoca sensación de haber sido concebidas desde el más amoroso y respetuoso acercamiento, a partir de espontáneas capturas fotográficas de cotidianidades en sus contextos familiares y naturales.

Esta semblanza de rostros femeninos del territorio, ejecutada con maestría por Eliana Gamboa, es, sin duda, el reflejo de una memoria compartida, un legado para el futuro de quienes desde variados orígenes arrojaron tareas y tradiciones que forjaron empresas familiares y le dieron un lugar especial a Arcabuco en el mapa de esta Boyacá diversa.

Cada retrato abre un mundo, cuya dimensión resulta insondable, despierta emociones contenidas y genera un frescor y una reflexión sobre lo que es el arte relacionado con la cotidianidad y su capacidad de atrapar un momento que se vuelve memorable. ☺



Era de caos

Por Juana

El tiempo corre,
En las noches, cuando el universo nos habla,
Y los fantasmas de las estrellas nos aconsejan,
Se despierta algo sublime y misterioso aquí en lo profundo de un corazón vivo.

Todo lo manual es difícil,
Volver a sentir los segundos con las manos,
El brillo que ilumina frente a un objeto artífice
El arte, el movimiento, el sonido...
Lo cotidiano.
Lo extraordinario.
Qué grandiosa exigencia.

Y detrás de ello,
El legado silencioso de esa transformación.
La paciencia y el ingenio de nuestra especie,
Los dones divinos hechos materia.

Hoy tengo certeza,
Vamos al futuro.
Humanidad bella,
La vida nos espera. 

Dríades

ninfas del bosque

Δρυάδες



Una exposición de obras
con fibras de fique
de Nobu Takehisa

Invitación al cóctel de inauguración



Nobu Takehisa nació en Tokio, Japón. Estudió Historia Moderna en la Universidad Sofía de Tokio y es Maestra en Pintura por la Universidad Nacional de Colombia. Su amplia trayectoria artística inició en la década de 1980 y continúa en el presente.

Su obra se ha expuesto en museos y galerías de diversos países, y hace parte de numerosas colecciones privadas en Colombia y Japón, entre los que reparte su vida y sus actividades.

Dríades - ninfas del bosque, reúne obra pictórica y una instalación site-specific con fibras de fique que evocan el espíritu vivo de los árboles.

www.nobutakehisa.com

GALERÍA PÉREZ ROJAS

Plaza central de Villa de Leyva, Boyacá
Sep. 5 - oct. 4, 2026

Horarios de apertura:
miércoles de 15:00 a 18:30
jueves a domingo de 10:00 a 12:30 y de 15:00 a 18:30

Cóctel de Inauguración
sábado 5 de septiembre a las 11:00a.m.

Auspicia:



EMBAJADA DEL JAPÓN
在コロンビア日本国大使館



GALERÍA PÉREZ ROJAS
VILLA DE LEYVA